SONIDOS DE LAS AMÉRICAS

Música

Acerca una silla. La canción ya está sonando.

LA NOTA INICIAL

Detente un momento.

De todo lo que compartimos en este hemisferio, la música quizá sea lo más fácil de sentir. A nadie hay que convencerlo de que un tambor puede llenar una sala, o de que una melodía puede encontrarte al otro lado de un continente entero y sentirse como el hogar.

Así que antes de hablar de hacia dónde va la música de las Américas, sentémonos con su origen. El sonido que todos conocemos no apareció de la nada. Creció desde raíces profundas, desde muchos regalos, traído hasta aquí por muchas manos.

Esta es esa historia. Comienza en el principio.

EL PRIMER SONIDO, YA ESTABA AQUÍ

Antes de que llegara nadie, ya había música en esta tierra.

Desde el extremo norte hasta la punta sur, los primeros pueblos de las Américas cantaban a las estaciones, a la cosecha, a la caza. Flautas talladas en hueso y caña. Tambores que hablaban entre los valles. Sonajas, silbatos, y la voz que se alzaba sin necesitar instrumento alguno.

Estos fueron los primeros sonidos de este hemisferio, y nunca se fueron. Siguen viviendo en la música que hacemos hoy. Les debemos la tierra que pisamos.

EL TAMBOR, TRAÍDO SOBRE LAS AGUAS

Luego llegó un regalo traído al cruzar un océano.

Los pueblos de África trajeron consigo un genio para el ritmo que se volvería el latido de las Américas. El tambor, la clave, la llamada y la respuesta, el pulso que mueve el cuerpo antes de que la mente lo decida. Lo sostuvieron a través de todo, y se lo dieron al hemisferio entero.

Escucha casi cualquier música nacida aquí y lo oirás. Ese pulso es su regalo, y lo agradecemos cada vez que bailamos.

LAS CUERDAS Y LA CANCIÓN, LLEGADAS DE LEJOS

Por ese mismo océano llegó otro conjunto de regalos.

De Europa llegaron las cuerdas y la canción escrita. La guitarra que se transformaría en cien primas por toda América. La balada que llevaba historias. El himno y la armonía, el acorde que sostiene una melodía como una mano bajo la espalda.

Estos hilos echaron raíz en suelo nuevo y se volvieron algo que el viejo mundo jamás imaginó. El regalo fue la semilla. Lo que creció de ella pertenece a este lugar.

DONDE SE ENCONTRARON LAS CORRIENTES

Aquí está la parte que no ocurrió en ningún otro lugar de la tierra.

En las Américas, estos regalos no se quedaron separados. El primer sonido de la tierra, el ritmo traído sobre las aguas, las cuerdas y canciones que llegaron por mar, se encontraron. Se mezclaron en la plaza, el campo, la iglesia, el puerto, la cocina, la calle.

Y de ese encuentro nació algo enteramente nuevo. No una tradición venciendo, sino todas fluyendo hacia el mismo río ancho. La música de las Américas es lo que esas corrientes hicieron juntas.

LA REUNIÓN

Fíjate en lo primero que hace esta música. Reúne.

Empieza un sonido y una sala cambia. Las sillas se corren, los desconocidos se vuelven un círculo, una plaza se llena. Desde un porche del norte hasta un patio del sur, la música es como decimos ven, siéntate, aquí perteneces.

Ese instinto está en todas partes de las Américas, y vino de todas las raíces a la vez. Reunir es el oficio más antiguo de la música.

EL TRABAJO Y EL CAMINO

La música nos llevó a través de la labor y del largo camino a casa.

La canción del campo que marcaba el ritmo del trabajo. La tonada de viaje que acortaba el camino. El compás que volvía un día pesado en algo que el cuerpo podía cargar. De norte a sur, la gente siempre ha cantado para aligerar el trabajo y acortar la distancia.

Esas canciones guardan la dignidad de los días comunes, y esa dignidad es terreno compartido.

LA CANCIÓN DE FE Y CONSUELO

La música es también cómo nos sostenemos unos a otros.

El himno que se eleva en una sala llena. La canción quieta en un momento difícil. Y la más antigua y suave de todas, el arrullo tarareado sobre un niño en cualquier parte del hemisferio, en cualquier idioma, con el mismo propósito tierno.

Estas son las canciones que consuelan. Nos recuerdan que más allá de cada frontera, la gente busca la melodía en los mismos momentos humanos.

LA CELEBRACIÓN EN LA CALLE

Y luego está la alegría pura, hecha sonido.

La procesión que vuelve una calle en desfile. El tambor de la fiesta, el baile que arrastra a todos, la celebración que se desborda por la puerta y calle abajo. Desde la fiesta de noche cálida hasta la feria del pueblo, las Américas saben dejar que la música se vuelva una alegría dentro de la cual puedes pararte.

Nombres distintos, el mismo latido. La alegría siempre ha sido terreno común.

EL SONIDO COMPARTIDO DE HOY

Ahora escucha lo que tenemos.

La guitarra del porche en el norte. El charango en lo alto de los Andes. El tambor bajo el sol del Caribe. El acordeón, la marimba, los metales en una noche cálida. Suenan a mundos distintos, y sin embargo llevan los mismísimos hilos antiguos, el primer sonido de la tierra, el ritmo sobre las aguas, las cuerdas de lejos.

Crédito a cada regalo. Pertenencia para todos. Ese es el sonido de un solo vecindario.

EL CIERRE, Y EL CAMINO POR DELANTE

Estamos más cerca de lo que la música hace parecer, porque la música nunca estuvo de verdad separada.

Cada corriente que la alimentó fue el regalo de alguien, y cada regalo fluye hacia la canción que todos conocemos. Honrar de dónde vino es ver cuánto ya compartimos.

Y este es apenas el comienzo de la historia. Empezamos por las raíces porque las raíces sostienen todo lo que crece después. Desde aquí la música avanza, a través de los instrumentos, los ritmos que viajaron, los sonidos que se siguen creando hoy por todo el hemisferio. La seguiremos contando, una pieza a la vez. Vuelve a medida que la historia crece. Siempre hay más por escuchar.

Un hemisferio. Un sonido, que se alza de muchos regalos.

Música. El terreno común que puedes escuchar.

Un hemisferio. Un futuro.